2028

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

EL CELOSO
DE SÍ MISMO

DRAMA TRÁGICO

EN TRES ACTOS, EN VERSO

ORIGINAL DE

VALENTIN GOMEZ

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1882

4

ADICION AL CATALOGO DE 1.º DE MARZO DE 1882.

COMEDIAS Y DRAMAS.

			TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde a la Administracion.
»	»		A cada cual lo suyo.....	1	Sres. Mendez y Arroyo.	Todo.
3	3		A gusto de todos-j o. o....	1	Gorrriz y Navarro.	»
»	»		Antojos.....	1	Navarro y Escudero	»
5	4		Crísis total-j. o. v.....	1	D. Eusebio Sierra.....	»
3	2		Dondiego de noche-c. o. p.	1	Mariano Pina.....	»
8	4	c	El cementerio del año, *revista*	1	C. Navarro.....	Mitad.
4	2		Enciclopedia-c. a. p.....	1	C. Navarro.....	Todo.
3	3		El domingo-d. o. v.....	1	C. Navarro.....	Mitad.
2	2		En el pecado.. -p. o. v....	1	Juan M. de Eguilaz.	Todo.
4	2		El 11 de Diciembre-c. o. v.	1	F. Flores García....	»
»	»		Engañar al enemigo.....	1	Francisco F. García.	»
4	1		El primer número-j. o. v..	1	Sres. Cardin y Vazquez.	»
5	2		El sonambulismo-c. o. p..	1	D. Clemente G. de Castro	»
4	2		El Tio Petardo-j. a. p	1	Juan M. de Eguilaz..	»
»	»		El vil metal.....	1	Eduardo Aules.....	»
2	2		En quince minutos-j. o. p..	1	Salvador Lastra.....	»
»	3		Entre hombres-c. o. v.....	1	Sres. Navarro y Gorriz..	»
»	»		Firme, coronel.....	1	D. José Olier.....	»
5	2		Gratis á los pobres-j. o. v..	1	Pedro Gorriz.....	Mitad.
2	3		Hija única-j. o. p.....	1	Sres. Navarro y Escudero	Todo.
3	1		Jugar con el fuego.....	1	C. Navarro.....	»
»	»		Las Américas.....	1	Sres. C. Navarro y Gorriz.	»
3	1		La estatura de papá-j. o. p.	1	S. Castilla y Weyler.	»
1	3		La Macarena-j. o. p.	1	D. José Orozco.....	»
4	3		La plaza de la Cebada....	1	Pedro Yarto.....	»
3	2		Los dos polos c. o. v.....	1	Sres. Gorriz y Navarro..	»
3	2		Los gorrones-j. o. p.....	1	Manuel Matoses....	»
4	2		Mala sombra-j. o. p.....	1	C. Navarro.....	Mitad.
4	2		Medias suelas y tacones-s. o. p.....	1	C. Navarro.....	»
2	2		Me voy al cuartel-j. o. p...	1	Doña Cami a Calderon.	Todo.
3	3		Miss-Leona-j. v. p.....	1	D. C. Navarro.....	»
2	2		¡Nicolás! – c. o. p.....	1	Eusebio Sierra.....	»
»	»		Noche-buena y noche mala.	1	C. Navarro.....	Mitad.
2	2		Oler donde guisan-c. o. p.	1	E. Sanchez Castilla..	Todo.
2	3		Perros y gatos-j. o. v.....	1	José Estremera.....	»
4	2		¿Si me saldré con la mia?	1	M. G. de Cádiz.....	»
»	»		Soy un Caníval.....	1	Sres. Navarro y Gorriz..	Todo.
4	1		Tercero, interior-j. o. p....	1	D. Pedro Gorriz.....	»
2	1		Un recalcitrante-c. o. p...	1	Juan Marina.....	»
4	2		Valiente noche.....	1	Sres. Castilla y Gorriz..	»
4	1		Zarandaja-c. o. p.....	1	D. C. Navarro.....	»
5	3		Con buen fin-j. o. v.....	2	Sres. Navarro y Gorriz.	»
3	4		Curarse en salud-p. o. p...	2	D. M. Pina Dominguez.	»
»	»		Cosas de Pepe.....	2	C. Navarro.....	Mitad.
3	3		Errar la cura-c. o. v.....	2	José Olier.....	»
4	4		Robo en despoblado-c. o. p.	2	Sres. R. Carrion y Aza..	»
4	3		Sin padre ni madre.....	2	D. C. Navarro.....	»
7	4		Tres yernos c. a. p.....	2	Sres. Navarro y Escudero	Todo.
2	2		Tú lo quisiste-c. o. v.....	2	D. Pedro Gorriz.....	Mitad.
7	3		El celoso de sí mismo-d. o. v.	3	Valentin Gomez....	Todo.
»	»		La moderna idolatría-d. o v.	3	Leopoldo Cano y Masas.....	»
9	2		La marca del presidiario-m. a. p.....	3	Magin Venancio....	Mitad.
7	2		Sucumbir en la orilla-d. o v.	3	Luis Oneca.....	»

EL CELOSO DE SÍ MISMO.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elcelosodesmismo2354gmez

EL CELOSO DE SÍ MISMO

DRAMA TRÁGICO

EN TRES ACTOS, EN VERSO

ORIGINAL DE

VALENTIN GOMEZ

Representóse por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL el 14 de Noviembre de 1882

MADRID: 1882
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1

PERSONAJES	ACTORES
LA CONDESA.....	Doña Antonia Contreras.
EMILIA.....	Srta. Campini.
LUISA.....	Sra. Varela.
EL CONDE.....	Don Rafael Calvo.
RODRIGO.....	Ricardo Calvo.
RICARDO ZÚÑIGA....	Cárlos Sanchez.
CÁRLOS.....	Alfredo Calvo.
FERNANDO.....	Jaime Ribelles.
LUIS.....	Fernando Calvo.
PACO.....	José Riquelme.
UN CRIADO.....	Sr. Suarez.

Epoca presente.—En Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Sala elegante.—Puertas laterales.—Puerta en el foro.—Chimenea á un lado y un espejo encima.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE.—LA CONDESA.—RODRIGO.

ROD. (Desde el fondo.)
Se puede?
CONDE. Adelante.
CONDESA. Ah! Primo...
CONDE. Nuncio de buenas noticias...
ROD. Lo dice mi cara?
CONDESA. Sí.
ROD. (Aparte.)
Milagro! (Alto.) Vuestra es la quinta.
CONDE. La escritura?
ROD. Aquí la tienes,
en toda regla estendida.
CONDE. Lo ves, Marta? Es un dechado
de exactitud. Y hay quien diga
que es la amistad un fantasma!
CONDESA. Eso lo dirán la envidia
y el egoismo, verdad?

613178

CONDE. Y algunas almas perdidas
en las sombras de la duda...
ROD. O en el mar de la desdicha.
CONDESA. Sí; que el infortunio á veces
cuando discurre delira.
CONDE. Filósofa encantadora,
serena luz de mis dias,
cumplióse al fin el deseo
que fué ilusion de tu vida.
Arboles, flores, arroyos,
horizontes, armonías:
todas las galas que son
ropaje de la campiña,
encanto de los sentidos,
del espíritu delicia,
serán, de hoy más, servidores
de su reina... y de la mia.
Gracias á este fiel amigo...
ROD. Te quieres callar?
CONDE. La finca
que tanto anhelaste es tuya.
CONDESA. (Dándole la mano.)
Primo mio!
ROD. Hermosa prima!
CONDE. (Tendiéndole tambien su mano.)
Tú eres nuestra Providencia
en todo!
ROD. Zalamerías!
Y, cuándo vais á tomar
posesion?...
CONDE. Pronto.
CONDESA. En seguida.
Tengo hambre y sed de vivir
en la atmósfera bendita
de los campos, donde el cielo
más puro y radiante brilla.
CONDE. Alma angelical! (Abrazándola.)
ROD. Dios haga
perdurable vuestra dicha.
CONDE. Y la hará, que en lazo eterno
él ha unido nuestra vida,
y es feliz quien por tal lazo

su corazon esclaviza.

ROD. Felicidad envidiable! (Con disimulada amargura.)

CONDE. Inmensa!

ROD. (Inmensa!) Ah!

CONDE. Qué?

ROD. Emilia
me ha encargado que os pregunte
si quereis ver la magnífica
tragedia que hace esta noche
Salviny.

CONDE. (A la condesa.) Lo que decidas
harémos.

CONDESA. (A Rodrigo.) Cuál es?

ROD. *Otello.*

CONDESA. Vírgen Santa!

CONDE. Te horrorizas?

CONDESA. Tener el cabello en pié
y la carne de gallina
tres horas mortales!...

ROD. Bah!
Consideras que es ficticia
toda aquella horrible trama
que la ardiente fantasía
del gran Shakespeare concibiera,
y te quedarás tranquila
como una balsa de aceite.

CONDESA. No soy dueña de mí misma
hasta ese punto.

CONDE. Es posible!
Es una niña. (Volviéndose á Rodrigo.)

ROD. Una niña.

CONDESA. Ni concibo cómo el hombre
tales horrores fabrica
con el poder de su génio...
porque todo eso es mentira.
No hay séres como aquel Yago,
mónstruo horrendo de perfidia,
ni celosos como Otello
que sin prueba clara, explícita,
indudable, á una mujer,
que es de virtud maravilla,
sacrifiquen al impulso

de ceguedad inaudita.

CONDE. Qué piensas tú, buen Rodrigo?

ROD. La tésis no es tan sencilla
para darle así... de pronto
solucion definitiva.

CONDE. Pero hay Yagos, hay Otellos?

ROD. Quién sabe! Haberlos podria,
si no los hay, que la humana
condicion es tan mezquina,
y la corteza del hombre
tales secretos abriga,
que á veces la tempestad
en torno á nosotros gira,
y por ella arrebatados
como giron de neblina
ó nos deshace de un soplo
ó á su sér nos asimila
y somos en sus estragos
tan fieros como ella misma.

CONDE. Si hay pasiones de por medio,
adios virtud y justicia
y razon y todo; es claro.
Fácilmente así se explica
la gran figura de Otello.
Mas Yago...

ROD. Yago es la envidia
y aun los celos.

CONDESA. Dices bien.
Pero aquella alma sombría,
helada, traidora, vil,
verdadera alma de víbora,
en qué tormentas estalla?
De qué pasion es movida?

ROD. Los íntimos movimientos
del corazon, no se indican
en externos arrebatos
cuando el hombre se domina.

CONDESA. Eso se llama...

ROD. Se llama
talento ó hipocresía.

CONDESA. Lo segundo.

ROD. O lo primero.

CONDE. Tiene otro nombre: perfidia.
CRIADO. (A la puerta.) El Sr. Zúñiga.

ESCENA II.

DICHOS.—RICARDO.

ROD. A tiempo.
CONDE. (Aparte.) Trasto como él!
COND. Que nos diga
su opinion.
RIC. (Tendiendo la mano.)
Condesa... Conde...
Qué! se trata de política?
de hacienda? De diplomacia?
De caballos? De corridas?
Del Veloz Club? Del Casino?
ROD. Ricardo!
RIC. De la Cantina?
Pregunten ustedes; todo
cuanto pasa en esta villa
del oso lo sé al dedillo.
CONDE. Sabe usted filosofía?
RIC. (Algo cortado.)
Para qué la he de saber
si no hace falta maldita?
CONDE. Entonces no es voto.
ROD. O sí.
RIC. Para votar no es precisa
condicion que uno esté al tanto
de lo que vota.
ROD. A fé mia
que dice verdad.
RIC. Pues, ea;
pregunten.
ROD. Pregunta, prima.
CONDESA. Yo!
RIC. Me doy por reprobado
si es usted quien me examina.
CONDESA. Por qué?
RIC. Por la turbacion

que un juez tan bello me inspira.

CONDE. (Aparte.)
Mentecato!

CONDESA. Pues se trata
del *Otello*.

RIC. Oh! La divina
partitura de Rossini,
en que Tamberlik conquista
más laureles...

CONDE. Que Pescara
en los campos de Pavía.

CONDESA. No es la ópera; es la trajedia.

RIC. Ah!... La que hace á maravilla
Salvini.

CONDESA. Justo. Pues bien.
Yo, al entrar usted, decia
que no entiendo cómo un hombre
á su esposa sacrifica
sin una prueba evidente
de su maldad. Y añadia
que aún más horrible y absurda
me parece la malicia
de aquel monstruoso Yago,
cuya traicion inaudita
no á un sér humano, á una hiena
pienso que deshonraria.

RIC. (A ellos.)
Y ustedes dicen?...

ROD. Queremos
que usted la cuestion decida.

RIC. Y cabe en esto cuestion?
Si es la cosa más sencilla...

CONDE. A ver.

RIC. Para mí, Condesa,
es usted una Sibila;
lo que usté ha dicho es tan claro
como el sol del Mediodía.
Otellos... Yagos... Fantasmas
que en su delirio imaginan,
esos locos con talento
que el mundo aplaude y admira.
Los celos!... No es el leon

tan fiero como le pintan.
Conozco yo unos maridos
bien celosos, bien tufillas,
que oyen y ven ciertas cosas
y... no señor, nunca pinchan.
Pero, en fin, eso á qué viene?

ROD. A que mi hermana queria
que fuésemos al *Otello*
esta noche.

RIC. Y qué?

ROD. Y mi prima
se asusta del espectáculo...

CONDESA. Cierto: yo preferiría
á esa tragedia espantosa
oir en el Real la *Linda*
de Chamounix.

CONDE. Pues si quieres...

RIC. Resuelto; iremos á oirla.

CONDE. (Aparte.)
Oigan cómo el botarate
dispone...

RIC. (Al Conde.) A usted no le excita
el sentimiento la dulce
vaguedad de la armonía?
Usté es *dilettante?*

CONDE. Yo!

ROD. (Aparte á la Condesa.)
Esta es la ocasion propicia
para hablar á Ricardito
de las cartas consabidas.
Haz que nos quedemos solos.

CONDESA. (Aparte á Rodrigo.)
Y crees tú?...

ROD. (Aparte.) Desconfias
de mi habilidad?

RIC. (Al Conde.) Comprendo!
Resábios de la milicia.
A usted le gusta lo fuerte,
lo que despierta las fibras
del entusiasmo.

CONDE. Cabal.

RIC. (Aparte.) Ah, tártaro!

CONDE. (Aparte.) Mujercilla!
CONDESA. Ricardo, si usted permite...
RIC. Oh! (Separándose del Conde.)
CONDESA. (Al Conde.)
No hemos de ir á la quinta
mañana ó pasado? Pues
vé al despacho y pon tu firma
en la escritura; harto sabes
que es un siglo cada dia
que tardo en verme señora
y reina de la campiña.
CONDE. Pero...
CONDESA. Te acompaño.
CONDE. Y quedan
solos...
ROD. Yo haré la visita
á nuestro amigo Ricardo.
RIC. Que no cause la más mínima
perturbacion mi presencia.
CONDESA. (A Ricardo.)
Usté es de casa!
RIC. (Con efusion.) Ah! (Aparte.) Divina!
(El Conde, suavemente empujado por la Condesa, se va por la derecha, y la Condesa le sigue.)

ESCENA III.

RODRIGO. — RICARDO.

ROD. (A Ricardo, que se ha quedado contemplando la puerta por donde ha desaparecido la Condesa.)
La vista hácia atrás volvió
una mujer, por su mal,
y en vil estátua de sal
de pronto se convirtió.
Quiere usted correr su suerte?
RIC. Pues, Rodrigo, qué he de hacer,
si quien mira á esa mujer
en estátua se convierte?
Qué ingenuidad! Qué candor!

Qué delicioso donaire!
Cuando ella alienta... hasta el aire
late embriagado de amor.

ROD. Jóven, es mucha osadía
hablar así en mi presencia.
Si le oyese á usted Clemencia,
vamos á ver, qué diría?

RIC. Y, quiere usted comparar?...

ROD. Yo reparo, no comparo.

RIC. Pues con sólo ese reparo
puede usté á Marta ultrajar.
Clemencia! Pulcro dechado
de castísimos amores,
que cotiza sus favores
como papel del Estado!
En ella hago ruin empleo
de mis nobles facultades,
y ahora ya aspira á beldades
de otra esfera mi deseo.

ROD. Plausible resolucion!

RIC. El mundo he de conquistar.

ROD. Mucho se puede esperar
de tan gallardo campeon.

RIC. Quiero ver á la virtud,
de su imperio tán pagada,
caer á los piés postrada
de mi ardiente juventud.
Quiero ser,—y esto lo digo
por que á nadie se le esconde,—
como fué en su tiempo el Conde,
y como fué usted, Rodrigo.
Cuando él era coronel
de artillería montada,
hubo soltera ó casada
que estuviese libre de él?

ROD. (Aparte.) Y este me lo cuenta á mí!

RIC. Y usted no siguió sus huellas?
No adoraba usté á las bellas
como yo?

ROD. Mucho que sí.

RIC. Pues déjeme usted tambien
que, en esa escuela educado,

muestre que he aprovechado
sus lecciones.

ROD. Está bien.
Por mí no hay inconveniente;
y si usted á Marta alude
no há menester que la escude
mi condicion de pariente.
Ella se basta y se sobra
para darle á usté un disgusto.

RIC. Poco importa; no me asusto.

ROD. Pues mejor; manos á la obra.

RIC. No será usted mi enemigo?

ROD. Favor con favor se paga.

RIC. Un favor!

ROD. Que usted me lo haga
espero.

RIC. Hable usted, Rodrigo.

ROD. Clemencia, á cuyos encantos
pone usted ya mal talante,
tuvo años há por amante
al Conde.

RIC. Ha tenido á tantos!

ROD. Pero entre esos que ha tenido,
haciendo de usté excepcion,
á nadie como á Ramon
en este mundo ha querido.

RIC. Es verdad.

ROD. Y su abandono
hizo en ella tanta mella,
que desde entonces fué en ella
lo que antes amor, encono.
Unas cartas conservaba
de Ramon, en que el menguado
por su loco amor cegado,
de cierto niño le hablaba.

RIC. Comprendo.

ROD. Clemencia ahora,
de infame rencor movida,
intenta amargar la vida
de la condesa.

RIC. Traidora!

ROD. Y la mujer que respeto

y estime el nombre que lleva...

RIC. Querrá poseer la prueba
que á su esposo compromete.

ROD. Prescindo del interés (Recalcando.)
material que en esto cabe.

RIC. Por supuesto. (Con sorna.) Pero él sabe?...

ROD. Ni ha de saber nada. (Con imperio.)

RIC. Pues!
Y qué quiere usted, de mí?

ROD. Qué quiero? No lo adivina?

RIC. Que saque á aquella ladina
las tales cartitas?

ROD. Sí.

RIC. Mucho en mi poder confio,
pero el caso es peliagudo.

ROD. Pues si usted no lo hace, dudo
que todo el influjo mio
le pueda á usted evitar,
si en tanto así se propasa,
que las puertas de esta casa
le lleguen á usté á cerrar.

RIC. Y si lo hago?

ROD. Aunque yo sé
que es mi prima una Lucrecia,
al fin un favor se aprecia,
y... lo demás... allá usté.

RIC. Convenido.

ROD. Convenido.

RIC. (Aparte meditando.)
La condesa ha de tener
grande interés... Voy á hacer,
con las cartas, mucho ruido.
(Alto.) Adios.

ROD. Se vá usted?

RIC. Sí tal.

ROD. Ah! ya entiendo. Ha recordado (Con intencion.)
que álguien deseo ha mostrado
de ir esta noche al Real.
Y usted que es un culebron
va á obsequiar...

RIC. (Aparte.) Soy un bolonio!...
(Alto.) Usted sí que es el demonio! (Sonriendo.)
(Aparte.) Pues tiene mucha razon. (Váse fondo.)

ESCENA IV.

RODRIGO, solo.

ROD. (Despues de una pausa.)
Alza el águila su vuelo
con orgullo soberano,
mientras el pobre gusano
se arrastra lamiendo el suelo.
Mas su rigor nunca el cielo
dejó sin compensacion,
y así en propicia ocasion
si el águila está en reposo
puede el áspid cauteloso
herirla en el corazon.
Aspid soy... Siempre lo he sido!
Ramon águila... Y por donde
hasta un título de conde
viene á ilustrar su apellido!
Mi existencia es un gemido;
la suya risa constante...
Fuí de Marta oscuro amante
sin lograr ni una esperanza...
El llega, la vé, la alcanza...
Yo vencido y él triunfante!
De Marta menospreciado
y vencido de Ramon,
á perpétua humillacion
por mí mismo condenado...
No hay un sér más desdichado
sobre la tierra que yo;
pero el cielo me dotó
de habilidad singular,
y á fé que le he de pagar
la merced que me otorgó.
Ella y él, dichas soñando,
no ven en mí sino un sér
que viene el hierro á lamer
con que le están torturando.
Mas vá una sombra llegando

por mi espíritu evocada,
y cuando en esta morada
tienda su negra envoltura,
qué será vuestra ventura?
Polvo, sombra, ilusion... Nada.

ESCENA V.

RODRIGO.—CONDESA.

CONDESA. Se ha marchado?
ROD. Se marchó.
CONDESA. Pero le hablaste?
ROD. Le hablé.
CONDESA. Y... nada! Claro!
ROD. Pues qué!
Tan torpe é inhabil soy yo?
CONDESA. Perdona, mi buen Rodrigo.
ROD. Mi buena prima, perdono.
CONDESA. Vamos, qué ha dicho ese... mono?
ROD. No ultrajes á un fiel amigo.
El complaciente y leal
á mi algo estraña exigencia
hará que entregue Clemencia
ese paquete infernal.
CONDESA. De veras?
ROD. Así lo espero.
CONDESA. Él lo ha prometido?
ROD. Oh! Sí.
En tratándose de tí,
no hay para Ricardo *pero*.
CONDESA. Es buen muchacho.
ROD. Excelente.
CONDESA. No me fio, sin embargo.
ROD. Si lo hubiese, yo me encargo
de obviar todo inconveniente.
CONDESA. Qué bien se venga, Rodrigo,
tu corazon generoso!
Debieras ser desdeñoso
con quien lo fuera contigo;
y en vez de esto, mi desden

pagando estás con favores.

ROD. Me maravilla que ignores
que el mal se paga con bien.

CONDESA. No lo olvidaré jamás.

ROD. Deja eso, pues.

CONDESA. Como quieras.

ROD. Y de esas cartas que esperas,
cuando las tengas, qué harás?

CONDESA. Ceniza y humo... y olvido!
Para una honrada mujer,
ceniza y humo han de ser
las faltas de su marido.

ROD. Pero estás segura, dí,
de que hay tales cartas?

CONDESA. Oh! (En tono afirmativo.)

ROD. Y si acaso te engañó
quién te lo dijo?

CONDESA. Si á mí
no me lo han dicho!

ROD. Pues qué,
lo adivinaste?

CONDESA. No tal.

ROD. Entonces...

CONDESA. Sé que hice mal...
Mas lo que hice te diré.

ROD. Alguna niñada.

CONDESA. Cierto.
Un dia en que mi marido,
descuidado ó distraido,
dejó el secreter abierto,
el demonio tentador
una carta me hizo ver...
Era de aquella mujer
la primer carta de amor.
En ella al fin se rendia
de Ramon al loco ruego...
Ay, Rodrigo! Y con qué fuego,
Clemencia le respondia!

ROD. Necedad!

CONDESA. Deduje así
la mútua correspondencia:

desde entonces á Clemencia
la tengo clavada aquí. (En la frente.)
Quitar la carta pensé,
mas tuve miedo á la ira
de Ramon... y al cabo... mira! (Saca un papel y se lo enseña.)

ROD. La copiaste?

CONDESA. La copié.

ROD. Ah!... Y á qué fin?

CONDESA. Es extraño.
Misterios del alma son.
Quise que mi corazon
gozase en su propio daño.
La llevo siempre conmigo
y la leo con frecuencia.
Cuánto le amaba Clemencia!
allá á mis solas me digo.
Y me duele, y sin embargo
insisto en mi torcedor...
Le gusta al alma el dolor
como al paladar lo amargo?

ROD. Ya temo por tu razon
si en esas manías das...
Venga esa carta!. (Se la quita.) ó harás
que yo le cuente á Ramon
lo que sucede...

CONDESA. Te pido...

ROD. Pues no faltaba otra cosa!
Tú, mujer buena y dichosa
del más perfecto marido...
vas á guardar, pobre Marta,
lo que así te martiriza?

CONDESA. Pero... (Queriendo recojer la carta.)

ROD. Nada: humo y ceniza
será tambien esta carta.
(Hace como que va á quemarla y se la guarda al oir la voz del Conde.)

ESCENA VI.

DICHOS.—EL CONDE.

CONDE. Marta! (Con sequedad.)
CONDESA. Ah! eres tú, mi Ramon!
CONDE. Emilia te espera.
ROD. Ya!
Mi hermana que aguardará
tal vez la contestacion.
CONDE. Sí; del teatro me hablaba.
CONDESA. Dónde está?
CONDE. En tu cuarto.. Vé.
CONDESA. (Con cariño á él.)
Más qué tiene?
CONDE. Nada... Qué
quieres que tenga?
CONDESA. Pensaba... (Váse.)

ESCENA VII.

RODRIGO.—EL CONDE.

ROD. Pues, en efecto, Ramon,
algo y aun algos te pasa,
porque tu cara es veráz
y lo pregona tu cara.
CONDE. Rodrigo!... No sé mentir;
la doblez y la falacia
y hasta el disimulo, son
para mí huecas palabras.
En el rostro y en la lengua
mi corazon se retrata,
como la luz de los cielos
en el cristal de las aguas.
Desconocida inquietud
siento en el fondo de mi alma;
una sombra triste y negra

como la duda, y helada
como el filo de un puñal,
ha venido en hora aciaga
á entoldar la luz serena
de mi dicha y mi esperanza.

ROD. Me asustas, Ramon; te pido
que me reveles la causa
de esa pena que te aflije,
ó esa duda que te mata.
Soy tu amigo.

CONDE. Fiel amigo,
fiel amigo de la infancia;
en quién, si no en tí, podrán
hallar consuelo mis ánsias?

ROD. Habla, Ramon ..

CONDE. Qué he de hablarte?
Ello es mucho... ó quizá nada...
Cuando se siente un amor
que nuestra existencia embarga,
y altares á una mujer
nuestro espíritu levanta;
cuando ese amor es el puerto
de una vida de borrascas
y nuestra edad juvenil
vemos ya á alguna distancia,
el leve soplo del viento,
el rumor de una palabra
quizá en huracan convierte
nuestra loca suspicacia...
Encontré á Emilia allá dentro,
y cabalmente pensaba
yo entonces—por qué?... lo ignoro—
en la insoportable audacia
de ese Ricardito Zúñiga,
que á veces, mirando á Marta,—
—es tan hermosa!—se queda
extasiado contemplándola.
Y como si el pensamiento
me adivinase tu hermana,
á poco á hablarme empezó
de él mismo, de su elegancia,
de sus triunfos amorosos,

de sus caballos de raza...
y más que todo, de las
visitas que hace á esta casa.
Comprendí que hablaba de esto...
como de otras cosas se habla;
por no dar sosiego al lábio...
el callar es virtud rara!
Pero era un dardo su voz
que se hundia en mis entrañas,
porque era la voz, Rodrigo,
que yo en mi conciencia ahogaba!

ROD. Qué necedad!

CONDE. Puede ser.

ROD. Si es tu mujer una santa!

CONDE. Y yo lo dudo?... Por Dios,
(Con arrebato.)
que si á dudarlo llegára
nada más... Qué iba á decir?

ROD. Cachaza, Ramon, cachaza.
Eres algo arrebatado,
á pesar de que las canas
que apuntan ya en tu cabeza
te obligan á tener calma.

CONDE. No son mis canas, Rodrigo,
las que ménos mal me causan.
Ella es jóven, es hermosa;
léjos del mundo educada,
sencilla, inocente y pura
como un sueño de la infancia,
oyó hablar con entusiasmo
de mis supuestas hazañas,
que es fácil pasar por héroe
llevando al cinto una espada;
y quizás, bajo ese influjo,
sin conocerme me amaba,
con el amor ilusorio
que brilla, pero no abrasa.
Nos vimos... y yo caí
loco por ella á sus plantas,
como el cansado viajero
que en los arenales halla
un oasis que le presta

sombra, césped, aire y agua.
Loco la amé, y la locura
de mi pasion más se agranda
cuanto ella más se embellece
y en mi cabeza hay más canas.
No puede ella, al contemplarse
del gran mundo festejada,
comparar lo que ve fuera
con lo que tiene en su casa?
No puede sentir, Rodrigo,
de esa juventud lozana
que la rodea y la admira
la embriagadora fragancia
y llegarse á imaginar
que es una flor trasplantada
del jardin en que vivia
á maceta solitaria?
No puede olvidarme, y luego
sentir las primeras ráfagas
con que á una mujer se anuncian
las tempestades del alma?...
No puede amar á otro?... Oh... no!...
Pero qué haces que no me hablas?...
Ayúdame á contener
del pensamiento las álas...
No me ves que estoy rodando
á un abismo que me espanta?

ROD. Son tus violencias de suerte
que á quien las contiene arrastran
y hay que dejarte rodar
sin compañía. Mal haya,
mal haya, amén, el carácter,
que á modo de rayo estalla,
y unas veces pulveriza
y otras como el humo pasa!
Vuelve en tí, menguado, y piensa
en que á tu mujer ultrajas
néciamente, porque temes
que sea igual á otras tantas
que has conocido en los dias
de tus locuras pasadas.
Que ella es jóven, y tú no;

que Ricardo la agasaja
y son quizá sus visitas
de algun rumorcillo causa.
Y qué?... No te pongas hosco.
Y qué? repito; pues basta
para sacarte de quicio
una ligera palabra,
un obsequio de etiqueta,
una apariencia, un fantasma?
Te espera, entonces, Ramon,
una vida bien amarga...
Vida que prever debiste
al solicitar á Marta,
porque ella es jóven y hermosa
y tú de cuarenta pasas;
y el tiempo, al fin, en el rostro
deja sus huellas marcadas...
Quiéres seguir mi consejo,
consejo de amigo?

CONDE. Habla.

ROD. No indiques á tu mujer
lo que dentro de tí guardas,
que á veces una imprudencia
suele levantar la caza...
y venciéndote á tí mismo
disimula, observa y calla.

CONDE. Nunca he manchado mi rostro
con el barniz de una máscara.

ROD. Ni has sabido poner nunca
freno á tu lengua insensata?

CONDE. Mi corazon se desborda,
sube á los lábios y estalla.

ROD. Pues, adios, y con tus manos
tu propia desdicha labra.

CONDE. Me abandonas?

ROD. Pues qué quieres,
niño caprichoso, que haga?

CONDE. Tus consejos...

ROD. Los desoyes...

CONDE. Tu esperiencia...

ROD. Es trasnochada.

CONDE. Ilumíname!

ROD. Lo dicho.
Disimula, observa y calla.
(Aparte,)
La soledad es funesta
para el que duda. Clavada
tiene la espina... que á solas
se le sepulte en el alma!
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

EL CONDE.

(Despues de un momento de meditacion se levanta, se dirije á un espejo y se contempla con afectada curiosidad.)

Mis ojos... sin un destello.
Mi semblante sin frescura...
En dónde estás, hermosura
de mi rizado cabello?
Viendo estoy cómo blanqueas
bajo el peso de la edad...
Oh ardiente voracidad
del tiempo, maldita seas!
(Retírase del espejo con violento disgusto.)
Pero, Señor, no hay virtud?
Es ya cosa averiguada
que sólo ha de ser amada
la insolente juventud?...
Ya es peligrosa quimera
que el otoño de la vida
ame á la rosa encendida
de la gentil primavera?
Jóven fuí... Y por qué en tropel
acude ahora á mi memoria,
una por una, la historia
de tanta mujer infiel?...
Por qué tiemblo?... Y tiemblo, sí...
Qué es esto?... Es la sombra airada
de mi existencia pasada
que se alza ahora contra mí.

Y trae el cortejo eterno
que causa mi pena ruda:
con un recuerdo, una duda,
con cada duda, un infierno.
Dudar... Y por qué dudar?...
Si ella es un ángel conmigo!
Si tiene razon Rodrigo,
que soy un loco de atar!
Ea! Basta! Ya pasó...
Vuelva á respirar mi pecho...
Es que de todos sospecho,
que sean, lo que fuí yo!...

ESCENA IX.

El Conde.—Ricardo.

Ric. Felices!
Conde. (Aparte.) Por vida mia!
Otra vez!
Ric. Solo?
Conde. No, á fé!
Ric. Cómo nó?
Conde. Desde que usté
me está haciendo compañía.
Ric. Se siente usté mal? Parece
que está usté desencajado...
Conde. Gracias... Es que he trabajado...
Ric. Y el trabajo desvanece.
No será nada; vahidos;
una mala digestion.
El trabajo es profesion
de tontos y de perdidos.
Yo que tengo la virtud
de no trabajar jamás,
noto en mí cada vez más
apetito y más salud.
Conde. (Aparte.)
Y cabe que una mujer
ame á un mequetrefe así?...
Ric. Imíteme usted á mí,

y á vivir!

CONDE. (Aparte.) No puede ser...

RIC. Con su permiso: voy donde
me aguardan esas señoras.

CONDE. Le aguardan á usté á estas horas?
No lo creo.

RIC. Pero, conde,
tiene usted hoy un humor...
Estorbo?

CONDE. Oh! no... (Aparte.) Voto á tal!
Que yo descubro mi mal
por ocultarle mejor.
(Alto.)
Dispense usted, soy nervioso,
impresionable, y hay dias
en que agitan mil manías
mi cerebro tempestuoso.
Se trastorna mi cabeza
y el trastorno llega al lábio...

RIC. Bien: le dispenso el agravio
hecho á mi delicadeza.
(Aparte.)
Tiene celos!... Cuando digo!
(Alto.)
Por lo demás, le aseguro
que yo merecer procuro
el honor de ser su amigo.
Y es sincera mi amistad,
son nobles mis procederes,
y conozco los deberes
de la culta sociedad.

CONDE. (Aparte.)
Bah! Soy un necio en tener
celos de este presumido!...
(Alto.)
Perdon mil veces le pido
si le he llegado á ofender.
Usté es de esta casa dueño
y manda en ella á su antojo.

RIC. Gracias, Conde.

ESCENA X.

DICHOS.—CONDESA.—EMILIA.—RODRIGO.

EMILIA. Que me enojo
si no vás.
CONDESA. Qué loco empeño!
Ya has logrado que me vista.
EMILIA. Y te arrepientes ahora?
RIC. (Saludando.) Condesa...
CONDESA. Usté aquí?
RIC. (A Emilia.) Señora.
CONDESA. (A Emilia.)
No hay poder que te resista.
CONDE. Qué es ello?
ROD. Vuelta á empezar.
Mi hermana se empeña en ir
al *Otello*.
CONDESA. Y yo en decir
que me voy á fastidiar.
EMILIA. Qué ridícula aprension!...
CONDE. El asunto no merece
tanto extremo.
RIC. Me parece
que yo zanjo la cuestion.
CONDE. Usted?
CONDESA. Veamos.
RIC. Sí tal.
Esta tarde usted decia
que al *Otello* preferia
ver la *Linda* hoy en el Real.
Y pues que usted lo desea
y estimo el deseo justo,
yo tengo, señora, el gusto
de ofrecerle esta platea.
CONDESA. Oh Ricardo! Qué bondad!
CONDE. (Aparte.)
Vive Dios!
ROD. (Observando al Conde. Aparte.)
Sintió la herida.

RIC. (A la Condesa.)
Acepta?
CONDESA. Con alma y vida!
CONDE. (Observando el rostro de la Condesa. Aparte.)
Es traicion ó ingenuidad?
Ese rostro!... Dadme, oh cielos!
que pueda en su rostro leer...
Pero cómo he de poder
si me han cegado los celos!
RIC. (A la Condesa.)
Mi brazo... (La condesa lo acepta.)
CONDE. (Aparte, mientras Rodrigo á su lado le observa.)
No más: ya estalla
mi indignacion!
(Rodrigo, que comprende lo que le pasa al Conde, le dice al oido)
ROD. Estás loco!
CONDE. Ah! Lo ves?
ROD. (Aparte á él.)
Pues poco á poco...
Disimula, observa y calla.
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de paso, con rompimiento en el foro.—Puertas laterales.—Chimenea encendida á un lado.—Muebles lujosísimos.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO.—CÁRLOS.—LUIS.

FERN. (A Cárlos.)
Dí una verdad, periodista.
CARLOS. Me lo prohibe el oficio.
FERN. Pues dí una mentira.
CARLOS. Cielos!
Más aún de las que he dicho!
LUIS. Una más, qué importa?
CARLOS. Nada.
FERN. Pues venga.
CARLOS. Allá vá. Hoy he visto
á un hombre honrado en la Bolsa
que engordaba su bolsillo;
á un diputado sin ganas
de llegar á ser ministro;
á un orador sin soberbia,
á un usurero en presidio,
á un sábio sin envidiosos,

á un necio con enemigos.
á un pobre con gratitud
y con entrañas á un rico.

FERN. Escorpion!

CARLOS. He visto más;
y esto sí que es inaudito.

LUIS. Qué?

CARLOS. A una mujer hermosa,
casada con un marido
cincuenton, sin el apéndice
perdurable de un amigo.
Quereis más mentiras?

FERN. Basta.
Eres mordaz.

LUIS. Incisivo.

FERN. Implacable.

CARLOS. Periodista,
y nada más.

LUIS. Es lo mismo.

CARLOS. Vosotros teneis la culpa
de que se me suelte el pico;
y lo malo es que una vez
desatado, me dá un hipo
por ir soltando mentiras
de ese jaez... Pero chicos,
dónde está Ricardo Zúñiga?
No iba á descansar del quinto (Recalcando.)
rigodon con la condesa?

FERN. Ya escampa!

CARLOS. Qué! (Con inocencia fingida.)

LUIS. Basilisco!

CARLOS. Maliciosos! Es pecado
contar las veces que el ínclito
seductor de moda baila
con la prima de Rodrigo?

FERN. La verdad es que la cosa
va tomando un colorcillo...

LUIS. Anoche en el Real... ya vísteis,
él junto á ella, y el marido...

CARLOS. Junto á los dos, sonriendo
de placer como un bendito.

FERN. Valiente sonrisa estaba!

Yo no sé cómo ha podido
Ricardo atreverse á tanto:
le vá á romper el bautismo
el conde.

CARLOS. Y hará muy bien.
Quién es ese advenedizo
que en todas partes figura
y es oráculo preciso
de los salones, adorno
de teatros y casinos,
contertulio de Lhardy,
semi-dictador del Suizo,
protector de cantatrices,
de bailarinas amigo,
que en el verano lo encuentras
en Santa Agueda y en Trillo,
en Biarritz y en Cauterets,
y en todas partes lo mismo
tan seductor, tan cargante
y tan *jóven conocido*?
Quién es? Lo sabeis vosotros?

FERN. Nadie lo sabe de fijo.

CARLOS. Pues, con qué derecho viene
á imponerse el atrevido,
cuando tal vez hasta el nombre
de su tarjeta es postizo?

LUIS. No tiene él la culpa toda,
sino nuestros propios círculos
que se abren sin exigir
la partida de bautismo.
Hay tanto plebeyo, hay tanto
quídam, tanto entremetido...

CARLOS. (Si éste lo dirá por mí?)
Lo de plebeyo... distingo.
Con llevar un nombre honrado
tiene ya cualquiera un título
para entrar en todas partes...

LUIS. Perdona; soy de distinto
parecer, pues en tal caso,
á excepcion de los mendigos,
todos pueden alternar
con nosotros, áun los hijos

del menestral que nos calza
ó encuaderna nuestros libros.

CARLOS. Y por qué no han de alternar?
Ya las clases son un mito,
y hoy nadie vale por otro
si nó vale por sí mismo.

LUIS. Esas son las pretensiones
de los *bourgeois*, y del espíritu
igualitario de aquellos
que no tienen apellidos.

CARLOS. Basta, Luis; en esa frase
conozco que hablas conmigo,
y toda tu sangre azul
no borrará lo que has dicho.
Plebeyo soy: tú eres noble:
mañana junto al Retiro
veremos si tu nobleza
me hace á mí perder el tino
para levantarte el cráneo
de un pistoletazo...

FERN. Chicos!

LUIS. Como gustes.

FERN. Pero Luis!...
Pues estais buenos amigos
que por una friolera
os quereis pegar un tiro.

CÁRLOS. Me ha insultado...

FERN. No es verdad.

LUIS. Si él se da por ofendido...

FERN. Sois unos nécios.

LUIS. Yo iré
donde él quiera...

ESCENA II.

DICHOS.—RODRIGO y RICARDO en el fondo.

ROD. (Aparte á Ricardo.) Es usté un niño!
Cuántas veces ha bailado
usted con mi prima?

RIC. Cinco.

ROD. Bien... Ahora puede usted darle
las cartas.

RIC. Voy, pues. (Váse por el fondo izquierda.)

ESCENA III.

DICHOS. — RODRIGO.

FERN. Rodrigo!
Viene usté á punto.

ROD. Me alegro.

FERN. Sea usted astro pacífico
de una deshecha borrasca
levantada de improviso
por la indiscrecion y la ira
entre dos buenos amigos.

ROD. Ira é indiscrecion! Tormenta,
tormenta ha de haber, de fijo.
Esas dos fuerzas estúpidas
producen siempre lo mismo:
rayos que hieren á quien
se sujeta á su dominio.
Pero, qué pasa?

FERN. Que quieren
batirse estos dos.

ROD. Chiquillos!
Buscan ustedes pretexto
para algazaras y ruidos,
para sueltos en la prensa
con tal arte y maña escritos
que todo el mundo adivine
que se habla de un desafío
y al fin el duelo se acabe
con trufas, ostras y vinos?

CÁRLOS. Yo juro á usted que deseo
romper á un noble el bautismo.

ROD. Le ha birlado á usted la novia?

LUIS. No, sino los pergaminos.

FERN. La cuestion ha comenzado
porque Cárlos, que es muy vivo
de génio y de lengua, hablaba
de Zúñiga, nuestro amigo,

suponiéndole así... como...
procedente del Hospicio.
Y notábamos que él anda
tan pegajoso y solícito
con la Condesa...

ROD. Qué!

FERN. Vamos!
Ella es una santa... digo,
se me figura á mí... usté
lo sabrá mejor que es primo.
Pero él, que ya goza fama
de ser Tenorio de oficio,
la compromete tal vez
sin sustancia ni motivo,
y por eso este decia
que él es un advenedizo
á quien tanto atrevimiento
no debe ser permitido.
Este otro remachó el clavo
extendiendo el veredicto
á los plebeyos, y hé aquí
que se da por ofendido
Cárlos, que le arroja el guante,
que Luis acepta, y... he dicho.

ROD. Pues noto con pesadumbre
que el arreglo no es sencillo.

CÁRLOS. Qué ha de ser!

LUIS. No tiene arreglo.

ROD. Hay que batirse! (Con entereza.)

CÁRLOS. } (A un tiempo.) Batirnos!
LUIS. }

ROD. A muerte!

CÁRLOS. (Cáscaras!)

LUIS. (Bruto!)

ROD. (Este es el mejor camino.
Ya hablan de ella: se hablará
más, por este desafío...)

FERN. Pero usté insiste?...

LUIS. Fernando,
no te molestes.

ROD. Insisto;
y si entre sí no se baten

tendrán que verse conmigo;
se ha ofendido á la Condesa
y á Ricardo, á quien estimo,
y por el honor de entrambos
me batiré, si es preciso.

CÁRLOS. Aquí á la Condesa nadie
ha injuriado...

LUIS. No, Rodrigo,
ni en buena ley de Ricardo
nada tampoco se ha dicho
que pueda herirle...

ROD. Silencio!

LUIS. (Uff! Que se acerca el marido!
Me escurro.)

CÁRLOS. (El Conde!)

FERN. (A Rodrigo.) Me esperan
para bailar... Compromisos...

ESCENA IV.

DICHOS.—EL CONDE —EMILIA.

CONDE. No te puedes figurar
la dicha que siento en mí...
Se van ustedes de aquí
porque á mí me ven llegar?

FERN. No, conde; el wals ha empezado
y no hay que perder momento.

CONDE. Lo concibo... Yo me siento
esta noche remozado,
y comprendo esos placeres
que á la juventud halagan...
á mí mismo, á mí, me embriagan
con su aliento las mujeres!
La atmósfera de placer
ideal que nos rodea,
parece como que crea
un mundo en cada mujer.
Y el entusiasmo fecundo
que dá vigor al imbele,
como á Colon, nos impele

á descubrir ese mundo.
Oh envidiable juventud!
Dá rienda libre á tu ardor,
y no temas si el amor
atropella á la virtud.
Id; que el wals que al aire lanza
sus torrentes de armonía
en cada nota os envía
un suspiro ó una esperanza.

LUIS. (A Fernando.)
(Qué alegre está!)

ROD. (Aparte.) (Cuánta hiel!)

FERN. (Se habrá echado á calavera.)

LUIS. (Es filósofo!)

FERN. (Cualquiera
haria lo mismo que él.) (Vánse, fondo.)

ESCENA V.

EL CONDE.—RODRIGO.—EMILIA.

ROD. Esa extraña agitacion
que te domina, te vende.
Nadie esta noche comprende
tu regocijo, Ramon.
Exageras la alegría
y sale el dolor á flote.
Tú mismo harás que se note
lo que ocultarse debia.
Trovador encanecido
cantas y ries de suerte
que hasta el más cándido advierte
que lo que haces es fingido.

CONDE. Qué es si no ficcion la vida?
Finjamos á nuestra vez.
Pues qué! no finge honradez
la mujer prostituida?

EMILIA. Qué ideas! De tu cordura
voy á dudar.

ROD. En cuanto á eso
quizá alguna hay tan sin seso

que ni fingirlo procura.

CONDE. Qué quieres decir?

ROD. No... digo
que las hay de ese... pelage.

CONDE. No escondas tras del lenguaje
tu pensamiento, Rodrigo.
Habla claro, aunque me hieras
en medio del corazon.
Anda mi reputacion
como la miés en las eras,
de los vientos azotada,
por rudo casco oprimida,
y aunque por todos querida,
por todos pisoteada?

ROD. Ramon!

CONDE. Habla.

ROD. Es que hace poco
de Marta se hablaba aquí
y de Zúñiga...

CONDE. Y de mí...
Voy á ahogarlos!...

ROD. No seas loco!

CONDE. Quién lo fuera!

ROD. Ten prudencia.

CONDE. Sí! mientras mi honor esprimen.
Tanto daño como el crímen
me hace la maledicencia!

EMILIA. (A Rodrigo aparte.)
Pero qué es esto?

ROD. (Insensata!
Ignoras que ella es culpable?)
(Al conde.)
Con tu génio insoportable
todo plan se desbarata.
Rie y baila, te decia
yo esta noche; es lo mejor;
y por huir del dolor
exageras la alegría.
Ahora te dejas llevar
de un arrebato insensato;
pero con ese arrebato,
qué llegarás á probar?...

Es inútil; no consigo
domesticar tu fiereza.

CONDE. Ah! te envidio la cabeza,
mas no el corazon, Rodrigo.
Siempre frio, siempre helado,
en tu vida acompasada
ni el rizo de una oleada
la pasion ha levantado.
Yo en cambio, como grumete
en el ancho mar nacido,
desde niño casi he sido
de la tempestad juguete.
Nunca al interés cedí,
ni el justo precio busqué,
y si frenético amé
implacable aborrecí.
Así en batallar eterno,
pisando espinas ó flores,
pasé mis dias mejores
entre el cielo y el infierno.
Hasta que harto de luchar,
de un casto amor el idilio
movióme á pedir auxilio
al santuario del hogar.
Pero ¡ay! cuando más sereno
estaba el mar... de repente
estalla sobre mi frente
una borrasca de cieno.
Y á su aliento destructor,
mueren de una misma herida
la ventura de mi vida,
y la vida de mi honor.

EMILIA. Ramon!

CONDE. No; no hay esperanza.
Cuando se llega á perder,
quién puede restablecer
la conyugal confianza?
Y yo que á ella he acudido
doblando humilde la frente
á modo de penitente
lloroso y arrepentido,
al ver que tan sin razon

la infamia me viene á herir,
qué he de hacer sino rugir
como hostigado leon?

EMILIA. Basta ya! Tan injusto eres,
que casi llega á ofender
mi dignidad de mujer
la afrenta que á Marta infieres.
Y mira si será baja
la pasion que te sujeta,
que el mundo á Marta respeta...
Sólo su esposo la ultraja!

ROD. Calla, Emilia!

EMILIA. No, á fé mia.
Qué he de callar? Por ventura
no sé que Marta es más pura
que el primer rayo del dia?

CONDE. Crees... (Afanoso.)

EMILIA. Junto á mí creció:
como á hermana me ha querido...
Dará su pecho un latido
sin que lo conozca yo?

ROD. Inocente!

CONDE. (A Rodrigo con ira) Sella el lábio!

ROD. La verdad...

CONDE. Maldita sea,
si ella en mí extingue la idea
de que es mentira mi agravio.
Habla tú, Emilia, tú sola.

EMILIA. Tranquilo estás?

CONDE. No he de estar?
Siempre despues de estallar
refluye mansa la ola.
Habla, que así de mis celos
la nube se desvanece,
y tu acento me parece
melodía de los cielos.

EMILIA. Qué puedo decirte yo?
Vé á buscar en su mirada
la pureza inmaculada
que nadie hasta hoy empañó.
Y aplacará tus enojos
ver cómo en su pura esencia

se desborda la inocencia
por los cáuces de sus ojos.

CONDE. Sí!

EMILIA. Que la calumnia ladre!
Quizá el que á Marta condena,
no tendrá palabra buena
ni para su propia madre!

CONDE. Bendita seas!

ROD. Qué loca
ceguedad!

CONDE. Calla, serpiente!
No me salpique á la frente
el veneno de tu boca!

EMILIA. Vé á su lado.

CONDE. Oh dulce anhelo
de mi esperanza perdida!
Ven: dá á mi sér nueva vida,
y abre á mi alma nuevo cielo. (Váse fondo.)

ESCENA VI.

RODRIGO. — EMILIA.

ROD. Infame!

EMILIA. Yo infame!

ROD. Sí.

EMILIA. Ya! Tu astucia me robó
ese dicterio que yo
reservaba para tí.

ROD. Pues hay infamia más clara
que la tuya? Tú has logrado
que Ramon me haya azotado
con su desprecio la cara.

EMILIA. Y qué es hacer, buen Rodrigo,
ariete de la sospecha,
para abrir una honda brecha
en el honor de un amigo?
Qué es apagar del amor
la luz que brillaba en calma,
para sepultarle el alma

en las sombras del rencor?

ROD. No irritado, estoy corrido
de oir tu discurso nécio.
Qué vale eso ante el desprecio
con que en el rostro me ha herido?
Yo serpiente!... (Juro á Dios
que he de enroscarme á su cuello,
y extinguir todo destello
de ventura entre los dos!)

EMILIA. Qué nuevo volcan de ideas
hierve en tu mente?

ROD. Deliras!
Miraba...

EMILIA. Cuando así miras,
no miras, relampagueas.

ROD. No es luz la verdad?

EMILIA. Luz? Sí...

ROD. La de Dios, como la mia,
con relámpagos un dia
fulguró en el Sinaí.

EMILIA. Qué verdad es esa?

ROD. Clara,
como el mismo sol, verás
la que yo diga, y sabrás,
pues la suerte me depara
pruebas que há tiempo persigo,
que yo ni injurio ni ofendo
á Marta, sino que entiendo
cómo se sirve á un amigo.

EMILIA. Pruebas contra Marta?... Oh! No.
Con mis ojos las vería,
y ántes que en ellas, creèria
que estaba soñando yo.

ROD. Si á tan grave ceguedad
tu nécia pasion te lleva,
inútil es toda prueba,
mentira toda verdad.
Mas, qué me importa de tí?
Convénzase al fin Ramon...

EMILIA. Y conozca la extension
de su infortunio, es así?

ROD. Vale más, por Belcebú!

amar loco, ú odiar cuerdo?
Pero ahora que lo recuerdo:
si la culpable eres tú!

EMILIA. Yo!

ROD. Tú misma. Ayer le hablaste...

EMILIA. Sí.

ROD. Pues con tu voz traidora
la llama devoradora
de sus celos despertaste.

EMILIA. Imposible!

ROD. Y su inquietud
vino en mí á buscar consuelo...
Yo se lo dí... Y, por el cielo!
que con rara gratitud
pagándomelo está hoy...

EMILIA. Tú intentas enloquecerme?

ROD. No volverá á sucederme.
Te lo juro por quien soy!
Le hiciste dudar? Mejor.
Hay testimonios escritos
que van á pedirle á gritos
venganza para su honor.
Ellos la que fué importuna
sospecha por tí evocada
le ofrecerán demostrada
la verdad sin nube alguna.

EMILIA. Rodrigo! Si el corazon
por algo te dá un latido,
por ese algo te lo pido!
Ten de Marta compasion.

ROD. Y su esposo desdichado
nada de esto ha de saber?

EMILIA. Qué daño el mal puede hacer
cuando es un mal ignorado?

ROD. Tal juicio en tu juicio cabe!
Mujer á su honor traidora
no hace daño al que lo ignora
y deshonra á quien lo sabe?
Al contrario: es más profundo
y más irritante el dolo
si ignora el marido solo
lo que sabe todo el mundo.

Yo he resuelto declarar
guerra á todo engaño vil.

EMILIA. Tú has resuelto ser reptil
de este noble y casto hogar.

ROD. Emilia! (Con rabia.)

EMILIA. Qué! De tus mañas,
no conozco yo la insidia?
No está el cáncer de la envidia
royéndote las entrañas?

ROD. Deslenguada! (Sujetándola por una muñeca y levantando la otra mano para abofetearla.)

EMILIA. Tu ira arrostro.
Dáme! y sabrán las mujeres
que de igual modo las hieres
en el honor que en el rostro.

ROD. Nécia! (Empujándola de modo que ella caiga sobre un sillon.)

EMILIA. Cobarde!

ESCENA VII.

DICHOS.—RICARDO.

RIC. Rodrigo!
Qué es eso? (Acudiendo en su auxilio.)

ROD. (Deteniéndole.) No es nada.

EMILIA. Nada.

ROD. Como es tan precipitada...

EMILIA. Justo: al andar dí conmigo
en el suelo.

RIC. Ya! (Los dos
fingen.)

EMILIA. (A Rodrigo.) (Romperé las mallas
de tu astucia)

ROD. (Ay si no callas!)

EMILIA. (Ay de tí si me oye Dios!) (Váse.)

ESCENA VIII.

RODRIGO.—RICARDO.

RIC. Pero, en fin, qué es?

ROD. Qué ha de ser!

Que conspiran en mi daño
la perfidia y el engaño
bajo forma de mujer.

RIC. Lo creo sin vacilar.

ROD. Son víboras!

RIC. Eso sí!

ROD. Todas falaces!

RIC. Y á mí
me lo viene usté á contar?

ROD. Las ódio.

RIC. Yo no. Perdon!

ROD. Enemigas...

RIC. Pero hermosas...

ROD. De todo bien.

RIC. Más sabrosas
cuanto más falaces son.

ROD. Con su risa ó con su llanto,
de qué no serán capaces?

RIC. Pues si no fueran falaces,
las amaríamos tanto?

ROD. Usted, que felíz se siente,
podrá amarlas...

RIC. Cómo no?
Con alma y vida!

ROD. Mas yo
que de su aliento inclemente
solo percibo el veneno,
no les puedo agradecer
ni aún este deforme sér
que recibí de su seno.

RIC. Les hace usté mil agravios,
hombre!...

ROD. Es verdad. Son las heces
de mi despecho que á veces
se derraman por mis lábios.
La bílis!.. Bah! Ya pasó...
Veamos, y usté qué ha hecho?

RIC. Hablaba usté de despecho?
Ay si lo tuviera yo!
Pero mi tenáz porfía
no cede al primer embate,
y al desdén que me combate

le opongo mi sangre fría.
ROD. Y eso lo dice por Marta?
RIC. Por ella lo digo, sí.
No bien las cartas le dí
—«este ya entregó la carta»—
dijo sin duda, y volviendo
la espalda, con veloz paso,
sin hacerme ningun caso
dejó el baile y salió huyendo.
ROD. Ha ido á leerlas!
RIC. Qué idea!
Puede ser.
ROD. Vaya! (Si luego
quiere arrojarlas al fuego,
yo haré que Ramon lo vea.)
RIC. Entonces...
ROD. Nada hay perdido
con esa veloz huida...
Mujer que está agradecida
sin que lo sepa el marido...
RIC. Qué largo es usted!
ROD. No vale
la experiencia?
RIC. Ya lo creo!
ROD. Pero, chito!
RIC. Qué!
ROD. Que veo
cruzar á Marta. Ella sale.
(Se marchan sigilosamente por el fondo derecha, mientras la Condesa llega, muy preocupada, por la izquierda.)

ESCENA XI.

LA CONDESA.

Palabras que dije ayer
mal suenan hoy en mi oido:
«Para una honrada mujer,
ceniza y humo han de ser

las faltas de su marido.»
Qué bien habla el corazon
cuando, libre de pasion,
contempla el mal desde léjos!
Así, hermosos los reflejos
de incendio lejano son.
Mas si el voraz elemento
deja al fin tristes despojos,
es de cerca horror violento
lo que, penacho del viento,
pareció hermoso á los ojos.
Lejano incendio miré
cuando estas cartas no ví;
con ánsia solicité
tenerlas cerca de mí...
y al tocarlas me abrasé!
—Pero, con qué estraño ardor
me han podido, ay! abrasar?...
dílo, corazon traidor:
es el fuego de otro amor
que no sabes tú inspirar.
Eso es; eso es; hoy lo veo
al cumplir este deseo,
que ojalá nunca cumpliera!
El amó á otra; pero no era
su amor fugaz devaneo.
Aquí sus cartas están;
en ellas de su pasion
palpita el ardiente afan;
los que hablan así, es que dan
entero su corazon!
(Leyendo una de las cartas.)
«Encanto y luz de mi sér,
cuando no te llego á ver
gimo y lloro como un niño...»
(Dejando la lectura y arrugando la carta.)
Y pude yo recoger
las heces de este cariño?
Más qué es lo que en mí buscaba
al unirse en santos lazos
conmigo, que le adoraba,
si en otra parte dejaba

su corazon en pedazos?
Harto de ella vino á mí...
Pero, cómo se atrevió
á nivelarnos así
cuando estamos siendo aquí,
ella infame, honrada yo?
Jesús, qué loca, qué ciega
fuí al creerle... Dios piadoso!
(Considerando repentinamente el estado anormal de su espíritu.)
A más mi locura hoy llega.
Por qué mar tempestuoso
mi pensamiento navega?
Qué es esto?... Paz, confianza,
delicias del casto hogar
en que la mujer alcanza
cuanto pudieron soñar
su ilusion y su esperanza,
dónde estais? Quién de mi pecho
tan presto, ay! os ha arrancado?
Viles cartas, qué habeis hecho?
Salteadores en acecho
que la paz me habeis robado;
aun mis palabras de ayer
resuenan bien en mi oido:
«Para una honrada mujer
ceniza y humo han de ser
las faltas de su marido.»
Al fuego, pues! Ya que airada
con mi aliento no os consumo,
aunque en celos abrasada,
como mi dicha soñada,
sed tambien ceniza y humo!...
(Va á arrojar las cartas al fuego y se detiene al oir la voz del Conde.)

ESCENA X.

MARTA.—EL CONDE, foro.

CONDE. Marta! (Con amor.)
CONDESA. Ah! (Ocultando las cartas.)

CONDE. (Qué oculta á mis ojos?)
Más que nunca enamorado,
vengo á buscar á tu lado
paz y amor, y encuentro enojos?

CONDESA. Enojos? (Sin mirarle apenas.)

CONDE. Dulce bien mio,
que tu acento cariñoso
llegue á mí más armonioso
que rumor de manso rio.
Si te han dicho por ventura
que una sombra oscureció
la confianza que yo
puse en tu alma honrada y pura,
olvídalo...

CONDESA. Pero...

CONDE. Sí.
Mi torpe recelo olvida
que he de arrancarme la vida
antes que dudar de tí.

CONDESA. (Esto más?)

CONDE. Oye un momento.
Marta mia .. Yo quisiera
que ahora mi voz ser pudiera
fiel eco del pensamiento.
Desde que la duda amarga
me asaltó desprevenido,
la noche me ha parecido
más que la desdicha, larga.
Y por calmar mis desvelos
tus miradas he buscado
como el pobre encarcelado
busca la luz de los cielos.
Dudé!.. Qué pena más fuerte
pudiera mi amor sentir?
Vivir dudando es vivir
con las ánsias de la muerte.
Y así el alma no sosiega,
pues de la inquietud esclava
vé que la vida se acaba
y que la muerte no llega.
Qué otra pena tu ofendida
justicia piensa imponerme?

Cualquiera ha de parecerme
recompensa inmerecida.
Cualquiera? No: que en mis males
cabe aun más duro rigor:
privarme del resplandor
de tus ojos celestiales.

CONDESA. A borbotones tus lábios
palabras están fluyendo
confuso monton haciendo
de amores, dudas y agravios.
De tal suerte lo que piensas
has dicho; que no he entendido
si á tu amor dar debo oido
ó crédito á tus ofensas.
Mas esto será mejor;
porque tengo averiguado
que el amor desconfiado
es apetito, no amor.
Así, pues, no más intentes
con protestas de cariño
dar falso é hipócrita aliño
á un afecto que no sientes.

CONDE. Qué!

CONDESA. Ni sentiste jamás.

CONDE. Bien tu crueldad se ceba!

CONDESA. Faltaba solo una prueba
y tú mismo me la dás.

CONDE. Cómo?

CONDESA. Dudando de mí.

CONDE. Pues mira bien que no acuda
en auxilio de mi duda
tu indiscrecion: que hay en tí
porfía muy empeñada
en acusarme, y tal vez
estás haciendo de juez
para no ser tú acusada.

CONDESA. (Con indignacion.)
Qué dices?

CONDE. Marta, he venido
como un reo á tu presencia;
me hablaron de tu inocencia
y al punto quedé vencido.

Más soy harto generoso,
y al fin me haces recordar
que te debo interrogar
con mis derechos de esposo.

CONDESA. Derechos para ofender
á la mujer á quien se ama?
Ay si mi altivez reclama
mis derechos de mujer!

CONDE. Reclámalos, porque ignoro
cuáles son. Pero sé yo
que algo tu miedo ocultó
ofensivo á mi decoro.

CONDESA. (Ah! Me ha visto!)

CONDE. (Observándola.) (Es evidente.
Se turba.) Dí... por qué ahora
ya no eres acusadora
y ante mí doblas la frente?

CONDESA. Yo!

CONDE. Sí; hay algo que te humilla:
lo dice la turbacion
que estaba en tu corazon
y ha subido á tu mejilla.
Ahora pálida! Oh! Por fin,
lo sabré todo esta vez.
Confirma tu palidez
lo que delató el carmin.

CONDESA. Si este color delatára (Con indignacion.)
todo lo que siento en mí,
no á mí, Ramon, sino á tí,
á tí solo te abrasára.

CONDE. Pues si no es otro mi afan!
usa entero tu derecho...
Mira que siento en el pecho
los rugidos del volcan.
Sé tú incendio ó rayo.

CONDESA. No!
(Fuera bajeza.)

CONDE. No quieres?

CONDESA. Nunca.

CONDE. Es que si tú no lo eres
voy á serlo, Marta, yo.
Supliqué humilde: fué en vano;

quise olvidar y creer...
Mas ahora quiero saber
qué es lo que oprime tu mano.
Es mi honor quien necesita
verlo; pero no receles:
yo sé que en esos papeles
está mi vergüenza escrita.

CONDESA. Es cierto; y patente y clara.

CONDE. Yo la he de ver!

CONDESA. De qué modo?
Recojer pude este lodo,
mas no echártelo á la cara.

CONDE. Doble traicion!

CONDESA. Estás ciego.

CONDE. Mi furor...

CONDESA. Le desafío.
Por propio decoro mio
quise arrojarlos al fuego,
y al fuego van!

(Los arroja á la chimenea. Emilia ha aparecido poco ántes, observando lo que pasa, en una de las puertas de la izquierda.)

CONDE. A esa llama
le disputaré su presa.

EMILIA. (Interponiéndose entre la chimenea y el Conde.)
No! Redúzcase á pavesa
lo que es mengua de tu fama.

ESCENA XI.

DICHOS.—EMILIA.—RODRIGO, que se queda en el fondo observando lo que pasa.

CONDE. Ah! Tú tambien!... Ya lo ves:
testimonio irrecusable!
Tú, cómplice: ella, culpable:
las dos infames... eso es!

CONDESA. Infames! Te juro...

CONDE. Mira
no apeles á la disculpa;
que es más odiosa la culpa
sellada con la mentira.

(La Condesa quiere hablar.)
Calla y véte... Y tú. (A Emilia.)
Y advierte (A la Condesa.)
que sea léjos de aquí,
porque estoy sintiendo en mí
hambre de ódio y sed de muerte.
Y si del mundo percibo
las burlas... (Se vuelve y encuentra á Rodrigo á su lado.)
Tú!

CONDESA. (Alejándose hacia la puerta.)
Dios clemente!

ROD. Soy amigo ó soy serpiente?

CONDE. Qué eres tú?... Demonio vivo!
Engendro de Belcebú!
Si al verte se me figura
que ella es honrada y es pura
y el traidor infame tú!

ROD. Aun dudas?

CONDE. De tí!

ROD. (Qué dice?)
Exijen más tus antojos?

CONDE. Luz que me abrase los ojos
ó que á tí te pulverice.

ROD. La tendrás.

CONDE. Clara?

ROD. Y cruel
y espantosa.

CONDE. Cuándo?

ROD. Hoy mismo.

CONDE. Tú me asomaste al abismo...
arrójame pronto en él!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sa'a en la quinta.—Puertas laterales, y otra en el foro.—Muebles lujosos.—Estantes para libros, mesa de escribir, etc.

ESCENA PRIMERA.

PACO.—LUISA.

Luisa coloca libros en los estantes, mientras Paco está sentado.

PACO. Buen estreno de la quinta!
Qué soledad! qué fastidio!
Ni la señora resuella,
ni el señor ha pareçido.
En un carruaje cerrado
ayer tarde nos metimos
ella y nosotros: aquí
nos han encerrado vivos,
pues con estar á dos pasos
de la córte, solo oimos
de los que allá se divierten
el alborozo y el ruido.
Maldito sea!...

LUISA. Silencio,
charlatan!
PACO. Tampoco es lícito
quejarse uno?...
LUISA. La señora
está descansando, y digo
que no alces la voz.
PACO. Corriente:
me quejaré en *siloliquio*,
como hacen en las comedias,
donde uno está dando gritos
que se las pela, capaces
de asustar á los vecinos,
y no le oye el que está al lado...
Quieres que haga yo lo mismo?
LUISA. Más te valiera ayudarme
á poner esto en su sitio.
PACO. Y estás dándote un mal rato... (Se levanta.)
Mujer, por qué no lo has dicho?
LUISA. Máula.
PACO. Vamos, ingratona,
vé acercándome esos libros...
así... qué manos!
LUISA. Y en ello
caes ahora?
PACO. Más caido
que estoy yo en tus redes...
LUISA. Toma.
Armas de caza...
PACO. Qué ojillos!
Esos sí que cazan...
LUISA. Pero
no sirven para chorlitos.
PACO. Entonces no lo soy yo,
porque á mí ya me han herido
debajo del ala izquierda...
LUISA. Vamos, déjate de mimos,
y acaba...
PACO. Ya está acabado.

(Concluye en efecto de poner diferentes armas de fuego y corte en una panoplia, despues de haber colocado libros en un estante.)

Que más quieres?

LUISA. Dios bendito!

PACO. Qué ocurre?

LUISA. Que llega gente.
Han levantado el pestillo
de la puerta...

PACO. Carambola!
El señor Conde nos dijo
que á nadie se recibiera
sin que él diese su permiso.

LUISA. Cosas de hombres! Sospechar
de la señora, que...

PACO. Chito!
No te metas en honduras
y deja que corra el rio
por su cauce... Las mujeres
sois lo que sois...

LUISA. Fementido!
Tambien tú sospecharias?...

PACO. Yo no; ni niego, ni afirmo,
ni sospecho... pero ..

LUISA. Vamos;
que si yo tengo marido
y me viene con pamemas
de celos, y me arma un lio
como el que el señor ha armado...

PACO. Qué?

LUISA. Nada: que lo divido.

PACO. Calla! Suben.

LUISA. Doña Emilia!

ESCENA II.

DICHOS. — EMILIA.

EMILIA. Dónde está Marta?

LUISA. Ahora mismo
la he dejado recostada
en un sofá.

EMILIA. Necesito
verla en seguida.

PACO. El señor
Conde nos ha prohibido
que demos entrada á nadie.
EMILIA. Bien: á pesar de eso insisto
en que he de verla.
PACO. Y si luego
nos riñe el señor?..
LUISA. Remilgos!
PACO. Desde anoche...
EMILIA. Triste noche!
PACO. Ni el mismo señor la ha visto,
ni nadie más que nosotros
que en el coche la tragimos.
Y á mí me encargó el señor
tanta cautela y sigilo..
LUISA. No es al fin de la familia
la señorita? Pues digo!
Pensarán por ahí que estamos
condenadas á presidio.
PACO. Por mí... no consentiria...
Al cabo es un compromiso.
LUISA. Yo le acepto.
PACO. Y yo me voy.
LUISA. Pacato!
PACO. Dios ponga tino
en tus manos. (Váse por el fondo.)
LUISA. Señorita,
espere un poco, y la aviso.
(Entrase en el cuarto de Marta.)

ESCENA III.

EMILIA.

Su nombre en lenguas: su honor
y su reposo perdidos.
Lágrimas aquí y gemidos,
y odio fiero en vez de amor.
Como en el cielo, en el alma
que vive en perpétuo afan,
á qué ruin distancia están
la tempestad de la calma!

ESCENA IV.

EMILIA.—CONDESA.—LUISA abre la puerta y se vá.

CONDESA. (Arrojándose en los brazos de Emilia, sollozando.
Emilia!
EMILIA. Marta!
CONDESA. Oh! Qué lazos
tan dulces! Bendigo al cielo
que me ha enviado el consuelo
de llorar hoy en tus brazos.
EMILIA. Llora, sí, Marta querida,
tu gran infortunio; llora
el estravío de una hora
que amarga entera una vida.
Y no temas que mi amor
amortigüe tu locura:
si amé tu honrada ventura,
aún amo más tu dolor.
CONDESA. Qué lenguaje! (Desasiéndose de ella con altivez.)
EMILIA. Así rechazas
mi interés?
CONDESA. En humillarme.
Consuelo has venido á darme
y el alma me despedazas?
EMILIA. Es soberbia?
CONDESA. Es altivez.
Tanto he llegado á pecar
que solo puedo encontrar
en cada persona un juez?
EMILIA. Hay otro juez iracundo
que es más fiera que persona,
y ese es, no yo, el que pregona
tu falta.
CONDESA. Quién?
EMILIA. Todo el mundo.
La prensa que habla de tí
con traza mal encubierta:
un duelo que se concierta
entre dos necios.

CONDESA. (Con asombro.) Por mí?
EMILIA. Por tí de segunda mano;
por Zúñiga de primera,—
—Ramon que arroja la fiera
su ignominia; en fin, mi hermano,
que por vencer mi teson
en tu defensa empeñado,
con pruebas me ha demostrado
mi injusticia y su razon.
CONDESA. (En el colmo del asombro y como sintiendo que se le vá la razon.)
Pero... qué es esto?... Algo gira
cerca de mí tan sombrío
como un horrible estravío
ó una espantosa mentira.
Aunque mi razon procura
coordinar alguna idea,
aquí solo centellea (La frente.)
el fulgor de la locura.
Hay un misterio tan hondo
en derredor de mi vida,
que me siento suspendida
sobre un abismo sin fondo.
Me hablabas de tu interés?
Pues bien: díme la verdad
y sácame por piedad,
del infierno en que me ves.
Que pues mi honra no aceptó
con el crímen acomodos,
pienso que, ó estais locos todos,
ó me he vuelto loca yo.
EMILIA. Cálmate.
CONDESA. Sí; pide calma
al corazon que tú inquietas.
Calma... y ya ni tú respetas
la pura fé de mi alma.
EMILIA. Por Dios te ruego!...
CONDESA. Ay de mí!
Cuál no ha de ser mi quebranto
si tú que me amabas tanto
me juzgas tambien así?
EMILIA. Pues en nombre de ese amor

que no has perdido un momento,
déjame hablar, que presiento
que hay en todo esto un error...
ó una perfidia tal vez.

CONDESA. Habla.

EMILIA. Mírame. (La Condesa la mira de frente con soberana altivez.)
Sí; es pura.
En esos ojos fulgura
la llama de la honradez.
Contéstame, Marta mia.
Entre Zúñiga y tú ha habido?...

CONDESA. Zúñiga y yo!... Ni un latido
de criminal simpatía.

EMILIA. No me engañes... y declara
toda la verdad.

CONDESA. Te digo
que estoy hablando contigo
como si á mi Dios hablara.

EMILIA. Mas la imprudencia quizá
hace escribir.

CONDESA. Puede ser.
Pero á mí, no.

EMILIA. Y lo que ayer
arrojaste al fuego?

CONDESA. Bah!
Qué pregunta!

EMILIA. No es liviana,
que interesa á tu reposo.

CONDESA. Eran... cartas de mi esposo
á una antigua cortesana.

EMILIA. De tu marido!

CONDESA. Sí tal.

EMILIA. Y él por mi culpa no vió...

CONDESA. Hiciste bien, porque yo
hice en adquirirlas mal.

EMILIA. Ah! no Marta, tú no ves
que otro testimonio escrito
delatando está un delito...
que ya no sé de quién es!

CONDESA. Habla.

EMILIA. Mi hermano...

CONDESA. Qué! Dí.
EMILIA. Si no entiendo... (Como hablando consigo misma.)
CONDESA. Por favor!
EMILIA. Tiene una carta de amor
escrita por tí.
CONDESA. Por mí...
Mentira!
EMILIA. La he visto.
CONDESA. Y qué!
EMILIA. Que es tu letra.
CONDESA. Desvaríó!...
(De pronto, como recordando.)
Ah! de Clemencia... Dios mio!
La carta que yo copié.
EMILIA. Qué has dicho?
CONDESA. Sí; de Clemencia!
La conservaba Ramon.
Tuve yo la indiscrecion
de copiarla, y la imprudencia
de enseñársela á Rodrigo;
hizo él de quemarla alarde;
más la guardó y ahora... Tarde
conozco ¡ay! á mi enemigo!
EMILIA. Y en su vil pecho se encierra
sangre que tambien es mia!
CONDESA. Nécia de mí! No creia
que hubiese un Yago en la tierra
Dios que en tus santos arcanos
abriste el espacio al mal,
por qué has dado alma inmortal
á esos chacales humanos?
Ay, Emilia!
EMILIA. Ay, pobre Marta!
CONDESA. Dios me ha abandonado ya.
EMILIA. No; tu marido sabrá
el orígen de esa carta.
CONDESA. Ni verme, ni oirme quiere.
En mi triste soledad
me entrego á la vaguedad
del sueño en que el alma muere
para esta vida cruel,
y aunque á él le espero, es en vano;

le ha envenenado tu hermano
y ya no existo para él.

EMILIA. Yo le busco.

CONDESA. Hado fatal
hará que en casa no esté!

EMILIA. Pero en ella encontraré
esa carta original
que tú copiaste en mal hora.

CONDESA. Ah! Dices bien!... Haz pedazos
su secreter... y á mis brazos
ven con ella sin demora.

EMILIA. Quizá para mayor prueba
iré, por si es menester,
á casa de esa mujer
que fué de Ramon manceba.
Animo, Marta!

CONDESA. Quién vió
tal corazon... ay hermana!
Tu voluntad será vana,
pero tu nobleza no.

EMILIA. Confía en Dios.

CONDESA. Con él vé.

EMILIA. Él nos ampara.

CONDESA. Él te guíe.

EMILIA. La esperanza nos sonríe.

CONDESA. A tí sí.

EMILIA. Y á tí!...

CONDESA. (Con profunda tristeza.) No sé.

(Váse Emilia por el fondo, despues de haber acariciado á Marta, para darle ánimo. Marta se queda inmóvil y pensativa, en el mismo sitio en que se despidió de Emilia, de modo que cuando levante la cabeza se encuentre frente á frente de Rodrigo.)

ESCENA V.

LA CONDESA.—RODRIGO, que entra por una puerta lateral de escape.

CONDESA. Ay, triste! Sólo percibo

en mi corazon desierto
un amor que yace muerto
y un dolor que se alza vivo.
Todo para mí ha acabado!

ROD. (Llora!) Marta...

CONDESA. (Retrocediendo con espanto.)
Vírgen mia!

ROD. Qué tienes?

CONDESA. Ya presentía
que estaba el reptil al lado.
Cómo entraste?... Lo adivino;
ahorra toda explicacion:
cuándo ha hallado la traicion
tropiezos en su camino?

ROD. Mal me acojes.

CONDESA. Aun recelo
que hago demás con hablarte.

ROD. Y si he venido á salvarte?

CONDESA. Tú salvarme... Santo cielo!

ROD. Y si pruebo tu inocencia
no admitirás mi favor?

CONDESA. Hadme antes otro mayor...
Librarme de tu presencia.

ROD. Jugando estás, y lo siento,
con tu vida.

CONDESA. Yo la inmolo!
De debértela á tí solo
tendria remordimiento.

ROD. La cólera que te exalta
causará tu perdicion.

CONDESA. No hace falta el corazon
donde la ventura falta.
Y si por tí, mi marido
le busca con ánsia fiera
para herirle... que le hiera,
yo no exhalaré un gemido!
Tanto desde ayer sufrió,
pobre corazon! que ya
quien le busque no hallará
ni el sitio donde latió.

ROD. (Casi conmovido y aterrado de su propia obra.)
Marta, Marta!

CONDESA. Te suplico
que me dejes.
ROD. No sin que antes
escuches breves instantes
mis descargos.
CONDESA. Me lo explico
todo muy bien.
ROD. Imposible!
CONDESA. Tu rastrera hipocresía
pudo engañarme algun dia
pero ahora ya no es posible.
La envidia ruin que te abrasa
vió con profundo pesar,
el sol de la dicha entrar
por las puertas de mi casa.
Y cuanto más placentero
al sonreir por Oriente
depositaba en mi frente
su dulce beso primero,
y en torno de mi cabeza
corona de luz formaba,
más tu espíritu nublaba
la sombra de la tristeza.
Gemías desesperado
al ver la agena ventura
como en su mansion oscura
gime el ángel condenado;
y quisiste, y no me asombra,
que fuese en mi derredor
la luz cada vez menor,
cada vez mayor la sombra.
Lo conseguiste! Eres fuerte
para el mal! Vés? Ya no hay luz.
Lo que fué lecho es hoy cruz.
Lo que fué vida es hoy muerte.
Busco alivio: no lo encuentro...
Ni á dónde iré si me espera
mi deshonor allá afuera,
mi desventura aquí dentro?
Tal la obra es de tu perfidia
y ella á entrambos nos condena,
á mí á morirme de pena,

á tí á morirte de envidia.

ROD. A tu rencor despiadado
debo contestar sin ira...
Sabes qué ideas inspira
el amor de un desgraciado?
Sabes tú que en ódio acaba
amor que hostigó el desden
sin esperanza del bien
que el alma en sueños gozaba?
Sabes?... Si nunca has sabido
que con tu desden has hecho
más heridas en mi pecho
que veces por tí ha latido!
Que tengo envidia? Es verdad.
Al que le diste alma y vida,
le envidio su inmerecida
suprema felicidad.
Y áun al mismo Belcebú
le envidiára, á condicion
de lograr la posesion
de una mujer como tú.

CONDESA. Calla!

ROD. No! Me has de escuchar.

CONDESA. Sólo de oirte me espanto.

ROD. He callado tanto, tanto,
que hoy tengo derecho á hablar.
Deforme soy: en mi ser
todo, quizá, es repulsivo...
Como huye del muerto el vivo
así huye de mí el placer.
De la esfera en que nací
eras tú la luz más pura;
en tí cifré mi ventura
y quise vivir por tí.
Callando ahogaba el anhelo
que el alma me consumía...
—«No hay más que ella»—me decía:
«no hay más mundo! no hay más cielo!»
Y callando fuí constante
tras tu huella luminosa,
tú, cada vez más hermosa,
yo cada vez más amante.

Un dia llegó;—áun lo lloro;—
en que temblando de miedo
te dije quedo, muy quedo:
«te adoro, Marta, te adoro.»
Cruzó una sonrisa vaga
por tus desdeñosos lábios:
sentí al verla los agravios
que hoy mi despecho te paga:
humillé mi frente, y cuando
volví á alzarla, en ira ardiendo...
tú te marchabas riendo,
yo me quedaba llorando.
Lo recuerdas? Quizá no.
Qué es un alma que se arruina?
Mas tú clavaste la espina
y aquí clavada quedó. (Su corazon.)
Más tarde Ramon gozaba
del bien que yo hube anhelado...
él, que siempre afortunado
mi desventura insultaba!
Qué era esto sino colmar
mi paciencia? No podia
sufrir más, y pensé un dia
vuestra desdicha labrar.
Lo oyes, Marta? Eso pensé
yo que vuestro hermano fuí.
La espina que estaba aquí
en su corazon clavé!
A esto mi encono llegó
por aquel desdén primero,
vuestra desdicha... eso quiero:
pero tu muerte, eso no!

CONDESA. Serias, siendo homicida,
ménos cruel y miserable.
Es la muerte comparable
con el horror de esta vida?
Y aún llamará compasion
llenar, generoso intento!
de sombras el pensamiento,
de ponzoña el corazon!
Y es esto lo que venia
á ofrecerme el fiel amante?

No la muerte de un instante
sino una eterna agonía?

ROD. Tu libertad! Ven conmigo
antes que tu esposo llegue.

CONDESA. Huir yo? Que yo me entregue
cobarde al mundo enemigo
de mi honor y de mi nombre!...
Por lo visto has menester
de que una débil mujer
tambien te enseñe á ser hombre.
Vete!

ROD. Mira, desdichada,
que te pierdes... Ven, te juro
que habrá un asilo seguro
donde libre estés y honrada...

CONDESA. Cerca de tí! Eres cruel!
Prefiere mi sangre altiva
á estar cerca de tí viva,
estar muerta cerca de él.

ROD. Por última vez!

CONDESA. Aún más!
No te marchas? Pues ahí queda.

ROD. Ay de tí!

CONDESA. Que te conceda
su proteccion Satanás! (Váse izquierda.)

ESCENA VI.

RODRIGO.

No me engañaron! Aquí
mi hermana con ella ha estado.
Dos frases le han demostrado
que no soy lo que fingí.
Me conoce, y su teson
hace ya mi intento vano.
No aceptará de mi mano
ni su eterna salvacion.
Que mi propia obra destruya
la voz del deber me advierte;
pero ir atrás es mi muerte,

ir adelante la suya.
Qué hacer, voluntad gigante,
que no has dudado jamás?
La conciencia, dice:—atrás!—
el egoismo:—adelante!
A uno reclama el abismo
para cumplir la sentencia:
á mí, si oigo á la conciencia;
á ella, si oigo al egoismo.
Pero en vano es que razones,
pensamiento.—Nada quiero.
Destino invisible y fiero,
en tí abdico: tú dispones.

ESCENA VII.

RODRIGO.—EL CONDE, por el foro.

Entra el Conde absorto en sus pensamientos sin ver á Rodrigo que le contempla desde un extremo de la escena.

CONDE. (Cielo implacable!)
ROD. En qué piensas,
Ramon?
CONDE. Eh! Quién está aquí?
ROD. Quien ha sido para tí
escudo de tus ofensas;
quien ha sabido calmar
tu espíritu arrebatado ..
CONDE. Por qué estás siempre á mi lado
cuando tengo algun pesar?
ROD. Mi afecto...
CONDE. Segun mi cuenta,
precede á mis desventuras
como las nubes oscuras
preceden á la tormenta.
ROD. Si así me juzgas, desde hoy
no me volverás á ver.
CONDE. Perdona.—Sé desde ayer
ni quién eres, ni quién soy?

Cuando entre negros vapores
la virtud se desvanece,
la raza humana parece
partida de malhechores.
Mis ideas ordenar
mente y voluntad no pueden,
que unas á otras se suceden
como las olas del mar.
Y si en este paroxismo,
Rodrigo, vine á caer,
cómo en nadie he de creer
cuando no creo en mí mismo?

ROD. Si es tu corazon de acero,
por qué al dolor se quebranta?

CONDE. Sintiera bajo mi planta
desquiciarse el orbe entero,
y cuanto el abismo encierra,
viese surgir de repente
vistiendo de lava ardiente
la redondez de la tierra.
Y no seria notada,
te lo juro por mi honor,
ni una sombra de terror
en mi tranquila morada.
Pero ante el dolo infernal
de una mujer, que es mi vida;
ante la infamia escondida
bajo un rostro angelical,
la vergüenza y la amargura,
el desengaño y la ira...
mundo de sombras que gira
en esta mansion oscura
(Golpeandose la frente.)
del alma, de tal manera
me espanta, que no te asombre,
ver cómo en mí acaba el hombre
y empieza á rugir la fiera.

ROD. Si á las pasiones bravías
te encomiendas...

CONDE. No me arguyas;
siendo de hielo las tuyas,
cómo has de entender las mías?

ROD. La prudencia y la razon
deben ser tus consejeras.
CONDE. No sabes tú que las fieras
sólo tienen corazon?
ROD. (Como quien quiere y no quiere decir lo que siente.)
Y si no ha pasado Marta
de los bordes del abismo?
CONDE. Me has enseñado tú mismo
su traicion en una carta.
ROD. Prueba incompleta!
CONDE. Despues
de lo que ayer sucedió?
ROD. Pero á veces... Mira... Yo
lo digo por tu interés.
Expúlsala de tu hogar
y así lo resuelves todo.
CONDE. Para eso haz antes de modo
que yo la deje de amar.
ROD. (Con rabia reconcentrada.)
Ah! Tú la amas todavía?
CONDE. Pues si no la amára, dí,
qué me importaria á mí
su honradez ó su falsía?
La adoro, sí, como un loco;
pero este amor con que lucho
para despreciarla es mucho,
para perdonarla poco.
ROD. La adoras!
CONDE. No á su alma impura
por quien toda dicha pierdo:
adoro en ella el recuerdo
de mi pasada ventura.
Estrella fué de mi vida
que me iluminó de lejos:
porque apagó sus reflejos,
ha de ser ménos querida?
ROD. Amándola de esa suerte,
qué vas á hacer no concibo.
CONDE. Amor ruin que aun está vivo,
tiene un remedio: la muerte.
ROD. Ramon!

CONDE. Basta. Nada tengo
que me importe.
ROD. Nada?
CONDE. No.
Tuve un amor, me vendió,
y hoy de su traicion me vengo.
Es natural; qué te asombra?
La vida es luz harto vaga;
Brilla un momento, se apaga
y todo queda en la sombra.
ROD. Locuras!
CONDE. Si son locuras
déjame; deja que á solas
me revuelva entre las olas
del mar de mis desventuras.
ROD. Bien está. (Nunca sentí
en mi alma lucha más fiera...
No: suceda lo que quiera.
yo no me alejo de aquí. (Váse por donde entró.)

ESCENA VIII.

EL CONDE, solo,

Se pasea profundamente pensativo á lo largo de la escena, y luego comienza poco á poco el monólogo, como si lentamente le fueran acudiendo los pensamientos á su espíritu agitado.

Con cuánto afán deseaba
ver la aurora en estos campos,
respirar estos ambientes,
gozar de este cielo diáfano!
Al oirla, parecíame
que brotaba de sus lábios
la celestial armonía
de un ángel inmaculado.
Nunca en su frente serena,
jamás en sus ojos claros
pude entrever ni la sombra
pasajera del engaño.
Qué candidez en su rostro!

Qué prudencia en sus cuidados!
Qué dulzura en sus palabras!...
Y qué perfidia en sus actos!
Cómo la inocencia pudo
prestar al vicio su encanto?
O es que el vicio es tan artero,
ladron tan desvergonzado
que ya á la virtud le roba
hasta su ropaje blanco?
Pero, en fin, si ella es mujer
y hermosa, de qué me extraño?
Entre esos falaces séres
mi vida entera he pasado,
y nécio! hallar quise un ángel
en un ídolo de barro!
Mónstruo vil! Para tí sean,
la aurora, negro sudario;
estos ambientes, veneno;
y este cielo azul y diáfano,
losa que sobre tu frente
se desplome hecha pedazos.
Sordo seré á tus disculpas,
atento solo á mi agravio,
y la hermosura divina
con que el cielo ha engalanado
tu espíritu mentiroso,
polvo será entre mis manos,
porque no quede ni sombra
de cuerpo que yo amé tanto...
Ay! Sí le amé! Y aún me siento
capaz mil veces de amarlo
con oir solo el eco ténue
de sus fugitivos pasos.
Que ella venga; que aprisione
mi garganta con sus brazos;
que lata su ardiente seno
junto á mi seno agitado;
que con su aliento me embriague;
que me hiera con el rayo
de sus ojos trasparentes,
y juro á Dios soberano,
que aun puede hacer que de hinojos

ciego de amor... oh! insensato!
Si digo que he he matarla,
por qué la estoy adorando?
Traidora pasion que hierves
en este vil artefacto (estrujándose el pecho.)
de músculos y de huesos,
deja al ódio libre el paso,
y que él me dé sus furores;
los celos, sus arrebatos;
la cólera, sus rugidos,
y la venganza sus rayos.
Perdonarla? No perdona
el bienhechor al ingrato.
Olvidarla? Es imposible.
Despreciarla? Empeño vano.
Falsa y pérfida aún la adoro:
porque la adoro la mato.
Que Dios la juzgue allá arriba,
yo la sentencio aquí abajo!
(Abre la puerta de la habitacion donde está la Condesa y se supone que la vé durmiendo. Al verla el Conde se detiene, y la contempla en silencio un instante.)
Ah!.. Durmiendo como un niño
sin temor y sin cuidados...
Tranquilo es su aliento... Así
bajo el cristal de los lagos
el cieno inmundo reposa...
Quién diria que ha besado
la negra boca del crímen
esa frente y esos lábios!..
Qué hermosa está! . Si pudiera
matarla y no hacerle daño...
Prolongar eternamente
su sueño... Nunca mi mano
osará manchar de sangre
la nitidez de ese mármol!..
Ay, prenda del alma mia!
Ay, bien apenas logrado!
Por qué aún culpable, me atrae
la mágia de tus encantos?..
Pienso en matarla... la miro,

y desfallecen mis brazos,
que no se atreve la muerte
con vida que vale tanto...
Pues ella viva y yo muera!
Impune quede su agravio,
y pague mi corazon
el crímen de haberla amado...
(Va á dirigirse hácia las armas, y oye pronunciar palabras imperceptibles á la Condesa. Se detiene, y se acerca con curiosidad á ella.)

CONDESA. (Entre sueños. Dentro.)
Ay!

CONDE. Qué!... Sueña?

CONDESA. Dulce dueño...
del corazon... que te adora...

CONDE. Ah, conciencia delatora!
Por qué diste voz al sueño?

CONDESA. Aparta!... Perdon!...

CONDE. Perdon!
Perdon pide el que es culpado...
Y que lo es ella ha dudado
mi cobarde corazon?

CONDESA. Le amo!

CONDE. Infierno!

CONDESA. Le amo!

CONDE. Le ama!
Pregon es de sus delitos!...
Eterno Dios, ella á gritos
su propia muerte reclama.
Piedad? La tuve con creces.
Ya no más! Triunfe la fiera!...
Que mil vidas no tuviera
para matarla mil veces!
Muere, pues! (Entra en la habitacion y se supone que entabla una breve lucha con ella, hasta que por fin la estrangula. Rodrigo abre la puerta, y observa con miedo y terror le que pasa.)

CONDESA. Jesús!

CONDE. Al seno
del hondo abismo impelida
por Satán, dále esa vida
que has revolcado en el cieno.

CONDESA. Socorro!
ROD. Ramon!
CONDE. Quien dá
socorro á una vil ramera?
Ni aunque el cielo te lo diera
podria alcanzarte ya!
(La asfixia despues de breve pero violenta lucha, en que se oyen los gritos ahogados de Marta, mientras Rodrigo, espantado de sí mismo no sabe qué hacer; el Conde, presa aún de su frenesí, sale de la habitacion con ojos desencajados, el pelo erizado y los brazos como quien parece dispuesto todavía á entablar una nueva lucha con cualquiera que le contradiga En aquel momento se oyen pasos precipitados dentro y la voz de Emilia.)

ESCENA IX.

DICHOS.—EMILIA.

EMILIA. (Dentro.) Ramon!
CONDE. Quién llama?
EMILIA. (Saliendo.) Ramon!
Mira!... (Como entregándole un papel; pero en seguida vé á Marta tendida y dá uu grito de horror.)
Marta! Oh, Dios! Qué has hecho,
desdichado?
CONDE. Ahogué en su pecho
el áspid de la traicion.
EMILIA. Cuando pruebas que la eximen
te envia hoy la Providencia,
hallo muerta á la inocencia
y vivo y triunfante el crímen!
CONDE. Qué!
ROD. Hermana!
EMILIA. Hermana! Y que áun crea
que yo puedo serlo suya!
Si hay sangre en mis venas tuya,
maldita mi sangre sea!
(Al Conde.)

Las cartas que ella quemó
eran tuyas... La otra carta,
copiada de aquí por Marta,
ese mónstruo la robó.

CONDE. Qué dices, mujer?

EMILIA. Abí (Dándole la carta.)
ver puedes tu error funesto.

CONDE. (Leyendo la carta con horror.)
La de Clemencia!... Qué es esto
que está pasando por mí?...
Tú! (A Rodrigo con acento feroz.)

ROD. La amé: te odié: eso es todo.

CONDE. La amó!

EMILIA Como aman las hienas.

CONDE. (Mirando á Rodrigo como si quisiera devorarlo con los ojos.)
Ay!... Quiero ver si en tus venas
hay sangre, ó ponzoña, ó lodo. (Coje un cuchillo. Rodrigo espantado quiere huir. El Conde se arroja sobre él y le sujeta con una mano.)
Huyes?... Quieto. Aguarda aquí
tu castigo, que es eterno,
porque si no hubiera infierno
lo haría Dios para tí. (Le mata con el cuchillo.)

ROD. Ay! (Cae.)

EMILIA. Jesús! (Arrodillándose junto á la puerta donde se supone que está el cadáver de Marta.)

CONDE. (Despues de contemplar con espanto aquél cuadro, se vuelve al cielo y dando señales de extravio mental, dice:)
Cruel estrella,
hado ó destino protervo;
mi existencia te reservo
porque te cebes en ella.
Así, nuevo hijo de Layo,
á abrir voy mi propio juicio...
(Abre de par en par la puerta del foro y grita en el colmo de la desesperacion.)
Juez de la tierra, un suplicio!
Juez de los cielos, un rayo!

FIN DEL DRAMA.

FÉ DE ERRATAS

Página	Línea.	DICE.	DEBE DECIR.
40	14	ni el justo precio busqué,	ni el justo medio busqué,
43	34	Si á tan grave ceguedad	Si á tan grande ceguedad

ZARZUELAS.

			TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde a la Administracion.
»	»		A la pradera	1	D. Juan Maestre	L.
»	»		A oposicion	1	Sres. Sta. María y Reig.	L. y M.
»	»		A real por duro	1	C. Navarro, E. Navarro y A. Rubio.	L. y M.
»	»		A terno seco	1	D. C. Navarro	L.
»	»		Choza y palacio	1	Manuel Perillan	M.
2	2		Con Paz y Ventura	1	Sres. Navarro y Gorriz	L.
4	3	c.	Dudas y celos	1	D. C. Navarro	L.
2	2		Efectos de 301 dias	1	Ildefonso Valdivia	L.
»	»		El baile de porvenir	1	C. Navarro	Mit. L.
2	3		El capitan de lanceros	1	Mota Gonz. y Hernandez	L. y M.
7	5		El lavadero de la Florida	1	Isidoro Hernandez	M.
»	»		El mejor postor	1	Tomás Reig	M.
»	»		El ruiseñor	1	Tomás Reig	M.
8	2	c.	El salto del gallego, *parodia.*	1	C. Navarro	½ L.
4	2		En el cuartel	1	Navarro y Gamayo	L.
10	1		En el viaducto	1	Tomás Reig	M.
7	5		Fiestas de antaño	1	Sres. Navarro y Caballero Martinez	L.
»	»		Fuego y estopa	1	D. Tomás Reig	M.
5	1		Gimnasio higiénico	1	Fernando Bocherini	L.
»	»		La gran noche	1	Sres. Maestre y Hernandez	L. y M
4	1		La jota Aragonesa	1	D. C. Navarro	L.
12	6		La plaza de Anton Martin.	1	Sres. Granés, Sierra, Prieto Valverde y Chueca.	L. y M.
1	1		La sopa está en la mesa	1	D. Angel Rubio	M.
»	»		Los timadores	1	D. Pascual de Alba	L.
4	1		Mata moros	1	C. Navarro	L.
»	»		Mazapan de Toledo	1	Angel Rubio.	M.
2	»		Nos matamos	1	C. Navarro	½ L.
»	»		Odio de raza	1	Tomás Reig	M.
»	»		Oidos á componer	1	Cocat y Reig	L. y M.
3	2	c.	Retreta	1	Pedro Gorriz	L.
»	»		Sitiado por hambre	1	Sres. Alba y Espino	M y 1/3 L
»	»		Tipos y topos	1	Navarro y Rubio	L. y M.
»	»		Tirios y Troyanos	1	Vega y varios Maestros	L. y M.
»	»		Una historia en un Wagon.	1	D. Tomás Reig	M.
2	1		Un perro grande	1	C. Navarro	½ L.
»	»		Adios mundo amargo	2	Sres. Rubio y Espino	M.
»	»		Cosas de España, *revista.*	2	Alba, Cansinos y Reig	L y 1/3 M
12	3		El laurel de oro	2	Sres. Rubio y Navarro	½ M y ½ L
»	»		El paje de la Duquesa	2	Antonio Llanos	M.
3	2		La tela de araña.	2	D. C. Navarro	½ L.
»	»		Madrid se divierte, *revista.*	2	Sres. Gorriz, Rubio y Espino	L. y M.
4	3		Martes 13	2	Sres. Rubio, Espino y Navarro	M y ½ L
6	2		Corona contra corona	3	D. C. Navarro	L.
8	3	c.	El sacristan de San Justo.	3	C. Navarro	Mit. L.
»	»		Las mil y una noches	1	Sres. Pina Dom. y Rubio.	L. y ½ M.
»	»		Esther	5	D. Ildefonso Valdivia	L.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y Osler*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de esta ADMINISTRACION.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.